



PABLO
VALDERRAMA



PABLO VALDERRAMA

Coordinador Jurídico en Cámara Chilena de la Construcción.

Lo que Benedicto XVI advirtió sobre la juventud



Qué vacía es la frase «ser joven es muy difícil hoy». ¿No son todos los tiempos y lugares un desafío humano? ¿No ha sido siempre la vida —la joven y la no tanto— una tensión constante con el mundo en que se habita? Por lo demás, en esa frase, la relación entre juventud y dificultad peca de generalizante, ya que esta no es igualmente difícil para todos. Ricos y pobres, occidentales y orientales, los de arriba y los de abajo, todos tienen en su patrimonio deudas distintas con su propio mundo. Pero es cierto también que, como toda generalización, algo de cierto esconde, y es eso lo que advierte Benedicto XVI en su discurso magistral en Madrid el año 2011.

Hablándoles a quienes recién comienzan su carrera como docentes de una universidad, Benedicto propone transformar la pregunta sobre qué acarrea «ser joven hoy» en una cuestión especialmente inquietante para su auditorio. «¿Dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable?», dice, apuntando a la sociedad por su incapacidad de ofrecer a los jóvenes puntos cardinales. Y tiene ra-

zón. La juventud, nuestra juventud, es en parte el reflejo del desasosiego que las sociedades modernas tienden a imprimir en nosotros, aun a pesar del sinfín de beneficios que el progreso material ha traído a nuestras vidas. Así como es evidente que la tecnología, entre otras cosas, ha simplificado muchas de nuestras complejidades cotidianas, también lo es el que con estas «nuevas dinámicas» han aflorado nuevos problemas. O, para no incomodar a lecturas más sensibles, que con la modernidad han emergido nuevas preguntas sobre la «condición humana», como diría Hannah Arendt.

De todas maneras, no es necesario acudir a abstracciones para advertir el problema. Cualquiera que haya pisado una sala de clases universitaria percibirá inmediatamente lo complejo que es para los alumnos comprender la oportunidad que se desliza frente a ellos. El sinfín de estímulos «pantalescos» que se activan no solo en sus bolsillos, sino que en las mesas junto a sus computadores, son ilimitados. ¿Qué cerebro es capaz de soportar tanta información? Y peor aún: ¿qué cabeza puede comprender la oportunidad que constituye cada clase? Además, no es que el estímulo —que claramente no es la charla catedrática del profesor— revele información útil. La notificación de cada segundo es, probablemente, parte de ese contenido basura que ofrece una salida de emergencia a lo que parecen las tediosas palabras de un adulto «más adulto» que habla sobre un contenido que debiese interesarlos, pero que, en la realidad, no lo hace.

Esas distracciones se suman a las que están disponibles fuera de la sala de clases —drogas, alcohol, pornografía—, las que dibujan un cuadro aún más desolador, constituyendo todas ellas cantos de sirena frente a los cuales es casi imposible ceder, pues nuestros jóvenes, a diferencia de Ulises, no cuentan con mástiles a los cuales amarrarse para soportar la aparentemente placentera marea: ya no hay iglesia, juntas de vecinos, clubes deportivos, ni familias sólidas que medien la soledad con el valle de lágrimas sobre el que peregrinan.

¿Qué les corresponde hacer, entonces, a los jóvenes profesores universitarios? Convertirse en genuinos maestros, sugiere Benedicto, entendiendo esa maestría como un remedio insuficiente pero necesario para el panorama contemporáneo. Sin embargo, no lo hace como un mero espectador que asigna gratuitamente cargas a otros, sino como quien conoce bien el oficio e intenta entusiasmar con él:

Al estar entre vosotros, me vienen a la mente mis primeros pasos como profesor en la Universidad de Bonn. Cuando todavía se apreciaban las heridas de la guerra y eran muchas las carencias materiales, todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos.

Ahora bien, ¿cómo convertirse en maestros para sus alumnos? Benedicto no se explaya, pero acá intentamos dos ideas.



Primero, el joven profesor universitario debe aproximarse con la humildad del aprendiz. No porque no tenga nada que entregar. Se trata de quien ha estudiado lo que enseña, pero es, precisamente por ese estudio, quien más preguntas debe guardar sobre lo que se propone compartir, ya que son esas dudas por explorar las que pueden transformarse en su principal atractivo. Dicho de otro modo, quien ofrece respuestas únicas a preguntas abiertas puede cautivar en un principio —para la próxima evaluación—, pero difícilmente dejará criterios o perspectivas que incentiven a ser respondidas en el desarrollo personal de sus alumnos. Además, solo el verdaderamente humilde reconoce que eso que llamamos realidad es un bien alcanzable solo en parte, actitud que abre la curiosidad y el amor por una verdad que solo conocemos en sus básicas manifestaciones. El presuntuoso erudito, en cambio, reduce la verdad a un conjunto de cánones a los que las mentes cómodas tienden a ceder, pero que poco o nada dejan al espíritu.

En segundo lugar, el joven profesor universitario puede convertirse en un punto de referencia en la medida que reconozca que su disciplina es al mis-

mo tiempo deudora y acreedora de otras ciencias y conocimientos. Dicho de otra manera, solo a través de un diálogo interdisciplinario nuestros alumnos podrán conocer la realidad —aunque sea solo una parte de ella— y abrirse a sí mismos hacia la verdad. La hiperespecialización propia de la sociedad moderna sin duda que ha permitido expandir lo que damos por cierto, pero también es verdad que ha reducido el conocimiento a compartimientos estancos que no dialogan entre sí. Al tiempo que ha posibilitado ir más allá de lo conocido, ha oscurecido los puentes que unen a una y otra parte del conocimiento. ¿Cómo es posible que el estudio de la economía no comprenda a la justicia? ¿En qué sentido lo justo, propio del estudio del derecho, no incorpora también el criterio de la eficiencia? ¿Para qué decir la falta de nexos entre la belleza y la estética con toda la formación universitaria? Un profesor que intenta estos vínculos aumenta sus posibilidades de convertirse en un verdadero maestro para sus alumnos. ®